—¿Qué parla?—Que el bocero mas no pida
De cien maravedís; é non consiente
Que en gran pleyto se pase la medida.

—Ni en su tiempo esa ley fallé vigente.
—Magüer que el arancel obra en tu abono,
Acogerse á esa ley piensa un tu cliente.
—Pague, y en queja tal soy su patrono,

México, Marzo 1855.

(Los Mexicanos pintados por sí mismos.—El Abogado.)

EL JUGADOR DE AJEDREZ

Las doce eran de la noche,
Al ménos en un café,
Donde solo un concurrente
Siempre á esas horas se ve.

Es un hombre en cuya calva
Se cruzan ocho más diez
Cabellos, como las líneas
En el juego de ajedrez.

Una verruga se le alza,
Cual torre, en la izquierda sien;
Su nariz es un caballo
Que no tardará en perder.

Los peones de sus dientes
Se tuercen para morder;
Su lengua, como la reina,
Se dirige por doquier.

Delgado, nudoso, recto,
Un alfil su cuerpo es;
Dios no lo hizo rey ni roque
Y es no obstante Roque Rey.

D. *Roque Rey* se ha hecho un trono
De una silla sin un pié,
El cual suple con los suyos,
No sin continuo vaiven.

Delante tiene una mesa,
Y mira con avidez
Sobre ella cierta figura,
Que por cierto humana no es.

Cuadros negros, cuadros blancos,
Cuatro veces diez y seis,
Se alternan formando un cuadro
Que el mayor por supuesto es.

Duendes blancos, duendes negros
Sobre sus calles se ven.
¿Es D. Roque nigromante
Y ejercita su saber?

¿Son los signos del zodiaco
Que hace por grados mover?
¿Acaso en un mapa estudia
Un plan de ataque, ó tal vez

Un bordado en canevá
Traza para su mujer?
No, señor, D. Roque estudia
El juego del Ajedrez.

A la vista del tablero
Su copa olvidó y café;
Lo mismo hace con su puro,
Y con el Diario tambien.

Ya se rasca la cabeza,
Ya pone un dedo en su sien,
Una vez frunce las cejas,
Los labios frunce otra vez.

No está el sosiego en sus manos,
No está el sosiego en sus piés:
De repente, *jaque mate*,
Le grita yo no sé quién.

Ligero deja la silla,
Que tal apoyo al perder,
Para atrás caerse deja,
Que es donde le falta el pié.

Por otro lado el periódico,
La copa, el puro, caen;
Pero ¿qué importa? triunfante
Con sonrisa y altivez,

Tras mil tentativas malas,
Casualidad ó saber,
Con el rey y el roque, pudo
Dar un mate Roque Rey.

Y aunque nadie lo escuchaba
En el desierto café,
A elogiar así se puso
El juego del Ajedrez:

Procul ó procul este profani! Alejaos de aquí los que no veais en el Ajedrez, personificada, ó por mejor decir, piecificada, la sabiduría: yo me considero digno de entonar su alabanza, porque en ese juego está cifrada mi mision sobre la tierra: yo me identifico con el caballo que muevo; el tablero y yo somos en este instante una misma cosa, y así la inspiracion será suya si el acento es mio.

¿Dónde encontraré su cuna? ¿Será hijo de un astrónomo indiano llamado Sissa? Por lo ménos en la orilla del Ganges se le considera como una antigua prueba de que el talento es superior á la fortuna. ¿Lo inventaron los chinos? Hoy ningun descubrimiento se les quiere conceder á los habitantes del Celeste Imperio; y aun se está escribiendo una obra para probar que las tierras con que forman la porcelana las llevaron los tártaros, de Europa, única parte del mundo donde se

encuentra la fuente de las artes y de las ciencias. ¿Concederémos esta codiciada gloria al egipcio Fhoth Herniate, contemporáneo de Moisés, ó al griego Palámedes, famoso ingeniero en la guerra de Troya, en aquel Sebastopol donde no se vió ningun alumno de la Escuela Politécnica, y que mereció los cantos de Homero y de Virgilio? Sea cual fuere el orígen del juego, ¿por qué se usan en él muchos nombres persas? Sah, rey; Phil, ministro; y *roc*, Roque. Misterios son estos que el cielo no ha querido revelarme; pero en cambio puedo afirmar que los chinos admiran á los profesores de Ajedrez; que los indios atribuyen á su inventor una sabiduría prodigiosa; que los egipcios llamaron al juego Psepharis, aunque de ello no estoy muy seguro; que los amantes de Penélope se entregaban á este entretenimiento; que en Babilonia dulcificó la crueldad de Ammslin; que los romanos se acuerdan de Cassio Tulio, que al pié del suplicio se ocupó únicamente de asegurar un jaque mate; que los ingleses no olvidan al monarca que perdió una plaza fuerte por defender una *partida;* que existen poemas en hebreo, en griego, en latin, en inglés, en frances, en castellano, etc., etc., aunque unos sean traducciones de los otros, donde los Aquiles, Ayax y Héctores son los alfiles, torres y caballos; en fin, que esta diversion, despues de haber sido reglamentada por el rey D. Alonso el Sabio, fué la favorita del héroe de nuestro siglo.

Hé aquí el tablero; examinadlo bien: como las noches y los dias, se alternan sus casillas blancas y negras, símbolo de que no se debe abandonar el juego ni de noche ni de dia. Vedlas distribuidas en ocho hileras, ya se cuenten de arriba para abajo, ya de abajo para arriba, ya de derecha á izquierda, y ya de izquierda á derecha, lo cual ignoro si tiene alguna significacion emblemática; pero es seguro que representa sesenta y cuatro divisiones. Este es el rey; el mismo en persona que Júpiter mandó á las ranas, y que tuvo por sucesor un viborezno: anda poco; no come sino á quien se deja comer; confia para su defensa en el respeto del enemigo, y sólo cuando huye enrocándose muestra alguna vida. ¡Qué hermosa pieza es la reina! Su poder y sus armas están en su coquetería; su paso unas veces es recto y otras oblícuo como si danzara; y su propension natural la arrastra á separarse constantemente de su real consorte. La torre es un verdadero castillo encantado que se aparece donde lo necesita el jugador, con tal que describa en los aires una línea recta. El alfil se complace en los asaltos; siempre camina oblícuamente como si subiera una escalera ó bajase preci-

pitado por la áspera cuesta de una montaña. El caballo caracolea. El peon, por último, tiene su fuerza en su número y en su tenacidad; y camina como los poetas en pos de una esperanza: puede mudar de sexo y convertirse en reina.

El campo para la lucha se encuentra preparado; ¿quién es mi contrario? puede comenzar el ataque cuando le plazca. Tal es la primera regla del juego; las otras ¿quién las ignora? Deberémos jugar alternativamente; pieza tocada, pieza jugada; se anunciarán los jaques; en los empates, por último, la partida es nula. ¿Nadie corresponde á mi invitacion? Miéntras se me presenta un digno adversario, os quiero explicar, señores, el primer gambito:

Blanco.—El peon del rey, dos casillas adelante; no puede para atrás.
Negro.—El peon del alfil del rey, dos casillas. ¿Lo veis?

Pero acabo de equivocar las jugadas; comencemos, si os place, de nuevo.

Blanco.—El peon del rey dos casillas.
Negro.—Idem de idem idem idem.
Blanco.—El peon del alfil del rey dos casillas.
Negro.—El peon del rey come el peon blanco.

Van dos jugadas; ¿cuál sigue? Blanco..... no; negro..... blanco..... ¡ya, ya!

Blanco.—El caballo del rey á la tercera casilla de su alfil.
Negro.—El peon del caballo del rey, dos pasos.

Ántes de continuar este gambito, quiero que me confeseis francamente si habeis observado la poesía que se trasparenta en mis palabras? No me digais que os es desconocido el idioma en que me expreso; pues no conoceis el hebreo; no conoceis el griego, y sin embargo,

sabeis que Moisés y Homero fueron grandes poetas. ¿Me pedís una traduccion de esta Iliada que á vuestra vista improviso? Quiero complaceros. Esta pieza es Ayax, que dice: "Danos, Júpiter, la luz, y pelea despues contra nosotros." En efecto, esta pieza tiene el triunfo seguro, si bajo la luz de la regla pueden darse todavía dos ó tres jugadas; ¿qué importa que despues tome parte en la lucha el padre de los hombres y los dioses?

Vamos á la cuarta jugada..... pero no la recuerdo..... otro dia veréis el alcance de mi mano, merced á los impulsos de la ciencia.

Os he explicado los misterios del juego; me falta daros una idea de sus maravillosas aplicaciones.

PRIMER EJEMPLO.

Demostrar intento
¡Oh muchachos! que es
Juego de Ajedrez
Siempre un casamiento.

Cuando uno se casa
Mueve muchas gentes,
Juegan los parientes
Cada uno en su casa.

La novia en el juego
Blanco, se coloca;
Y el negro le toca
Al amante ciego.

Son, segun las leyes,
Del juego y la boda,
En partida toda
Los novios, los reyes.

Las reinas, las madres
Por entrometidas;
Por perdonavidas,
Caballos, los padres.

Siempre hay dos terceros
De apariencias viles,
Que andan como alfiles
Torcidos senderos.

Hinchados y vanos
Desde sus rincones,
Se enrocan, bribones,
Al rey los hermanos.

Los demas trevejos,
Bajos, maliciosos,
Son primos, curiosos,
Ya niños, ya viejos.

Cita preparada
En que el sorprendido
Jura ser marido,
Es una emboscada.

Si tercera innoble
Pide dos reales,
Te hunde dos puñales,
Te da *un jaque doble.*

Quien pagar te acuerde
Ante algun alcalde,
Lo que dió de balde,
Juega el *gana–pierde.*

La que interesada,
Rico te festeja
Y á otro pobre deja,
Es *pieza forzada.*

Cuanto quieras charla,
Pero ¡chanzas pocas!
La pieza que tocas
Tendrás que jugarla.

Recibir, dar mate
Es de jugadores
Torpes en amores.
¡Triunfo es el empate!

¡Ay del amador
Que se casa pronto!
Pues le han dado al tonto
Jaque del pastor.

EJEMPLOS SEGUNDO, TERCERO, CUARTO, ETC.

De este modo Roque Rey,
Como á suegros y alcahuetes,
A testigos y á corchetes
Del juego aplicó la ley.

Tablero hizo el tribunal;
Y nos demostró despues,
Que sin jugar ajedrez
Ninguno es buen general.

El estruendo de las sillas
Y el rechinar de la puerta,
Su discurso desconcierta;
Lo sacó de sus casillas.

Para irse, son signos fijos,
Al tablero de su cama,
Donde su dama es su dama,
Las demas piezas sus hijos,

A asegurar no me atrevo
Si les lleva de cenar,
O bien de desayunar,
Pero sí un *gambito* nuevo.

Mas ¿por qué gozoso salta?
Porque tambien, ¡oh fortuna!
Enrocada se lleva una
Pieza que en su casa falta.

Y al estruendo de las sillas,
Y al rechinar de la puerta,
Sin que ninguno lo advierta
Se sale él de sus casillas.

Abril de 1855.

(Los Mexicanos pintados por sí mismos.—El Jugador de ajedrez.)